

**JAMES A. MICHENER**

**SAYONARA**



El único motivo de preocupación del comandante Lloyd Gruver —que se dirigía a Kobe para reunirse con la hermosa hija del general Webster— era el soldado Joe Kelly, un inculto mocetón de diecinueve años, siempre metido en dificultades. Kelly quería casarse con una muchacha japonesa, a pesar de saber que los soldados norteamericanos no podían llevarse a sus esposas niponas a Estados Unidos.

Después de visitar Takarazuka, para entretenerse y ver la célebre compañía de *geishas* que ejecutaban sus danzas rituales, el propio Gruver sucumbió al hechizo de la hermosa *geisha* Hana-ogi. Pero incluso antes de verse atrapado en las redes de esta extraña relación amorosa, Gruver debió de prever que aquella historia sólo podía tener un final.

Este libro sirvió en de base en 1954 para la realización de la película del mismo nombre, dirigida por Joshua Logan e interpretada por Marlon Brando y Miiko Taka.

A Mark

## CAPELLÁN FEENEY

Su deber, así como el mío, es impedir semejante boda.

El 4 de abril de 1952 derribé mis sexto y séptimo «Mig». Esto sucedió cerca del río Yalú, y cuando volví a la base de J-10 me sentía excitado. El médico de las Fuerzas Aéreas me miró y dijo:

—Gruver, se lo ha pescado.

Estas palabras eran deliciosas ¡qué diablos! Significaban que no me vería obligado a volar durante algún tiempo. Pero como era un hombre de West Point, me creí en el deber de mostrarme apenado ante el médico de aeronáutica, a quien habían hecho abandonar la vida civil, a pesar de su prominente abdomen. De modo que fruncí el ceño y dije:

—No tengo nada, doctor. Una botella de cerveza me dejará como nuevo.

—De acuerdo —admitió el médico.

Había tomado en serio mi ansiedad y por un momento me sentí un poco enfermo, por dentro. Por lo menos en esos instantes no quería seguir volando. Quería mostrarme resistente y dispuesto a proseguir la lucha, a la vez que deseaba alguna tarea militar sólida y tranquila.

Pero el médico de aeronáutica era sagaz. Se echó a reír y dijo:

—No palidezca, Gruver. Yo hablaba en broma. Nunca tomo en serio esto de los héroes.

Suspiré con alivio y dije:

—Gracias. Hasta en Corea uno necesita dormir un poco.

—Le diré algo mejor —dijo el médico, dejando su estetoscopio—. ¡Usted volverá al Japón!

En la manera de decirlo se adivinaba que, en su opinión, el Japón era un paraíso, pero yo lo había visitado y mi impresión distaba de ser buena. Calles sucias, casas pequeñas de papel, hombres regordetes y bajos y mujeres rollizas. Yo no había comprendido jamás por qué algunos hombres de las Fuerzas Aéreas se entusiasmaban tanto al hablar del Japón.

—Si le gusta el Japón, mejor que mejor —dije—. Yo preferiría quedarme aquí, en la J-10.

El médico replicó:

—¿Conque usted nunca se ha enredado con alguna de esas lindas muñecas japonesas en Tachikawa?

—Soy hijo de un general de cuatro estrellas —repliqué—. No me enredo con muñecas japonesas, sean lindas o no.

El médico me miró con aire apesadumbrado y dijo:

—Camarada, usted está más enfermo de lo que suponía.

No deseaba mostrarme mojigato, pero cuando uno sabe que se proponen hacerlo progresar rápidamente hasta el grado de coronel y aun quizás hasta el de general de una estrella cuando llegue a los treinta años, no lo impresionan mucho las parrandas usuales en la vida militar. Por lo demás, nunca traté de darme ínfulas con los oficiales de la reserva por el solo hecho de que fueran civiles de corazón. Y dije:

—Doctor, me acordaré de usted cuando me tope con esas limpias sábanas de Tokio y esa buena cerveza.

Mi interlocutor movió la cabeza con una mirada taimada y furtiva, y declaró:

—Para usted, camarada, no habrá Tokio. Para usted... hay órdenes especiales.

Como un presentimiento, y sin pensar realmente en esa palabra, exclamé:

—¿Kobe?

—¡Sí, camarada! Ha adivinado.

Instintivamente me llevé la mano izquierda a la cadera, tanteé mi cartera y dije:

—En cuanto a esas órdenes especiales... ¿son del general Webster?

—Sí, camarada. Eso es.

El médico juntó las manos, me guiñó el ojo y dijo:

—¿Por qué un general no habría de cuidar del hijo de otro general?

Yo sabía que aquel médico era un hombre de segundo orden y me negué a dejarme arrastrar a una discusión. Le hice el juego y dije:

—Es lo que llaman el espíritu de West Point.

—Eso es lo que quiero decir —declaró el médico—, Kelly tiene en su poder esas órdenes.

—Iré a ver a Kelly —dije, contento de zafarme de aquel civil sabelotodo.

Pero cuando salí de la tienda de campaña del cuerpo médico e iba por el sendero de grava al cuartel general de la escuadrilla donde trabajaba Kelly, otro civil me gritó:

—Gruver... ¿Podría hablar con usted?

Me volví y vi al capellán, y como éste casi nunca hablaba con nadie, salvo cuando se presentaban dificultades, me detuve bruscamente y pregunté:

—¿Kelly, de nuevo?

—Sí —dijo el capellán, con aire casi pesaroso—, Kelly.

Esperé en el sendero de grava mientras el capellán cruzaba el pardo lodo coreano, sorteando los obstáculos. La J-10 era casi todo lodo. Cuando se me acercó, le pregunté:

—¿Qué fechoría ha cometido ahora Kelly, padre?

—Esta vez, se trata de algo serio —me respondió el sacerdote, con aire acongojado.

Me condujo a su tienda de campaña, una capilla improvisada con biblias, crucifijos y los objetos de plata usuales para efectuar las ceremonias del culto.

—¿Kelly afrontará otro Consejo de Guerra? —pregunté.

—Peor aún. Ha apelado a su representante en el Congreso.

Siempre me habían fastidiado los reclutas que les escribían cartas a los legisladores. Las Fuerzas Aéreas tenían una manera razonable y justa de solucionar cualquier problema. Los legisladores estaban de más. De modo que pregunté:

—¿Por qué no le aconseja al coronel que exonere a ese individuo?

—De acuerdo con las nuevas reglamentaciones...

Las «nuevas reglamentaciones». Yo las olvidaba a cada paso. Desde 1945, un grupo de reblandecidos, benefactores de Washington, había revisado las normas básicas de la conducta militar y por eso se veían ahora reclutas que escribían cartas a los legisladores. Yo le había dado siempre la razón a mi padre. Lo que correspondía era propinarles un golpe en la cabeza a aquellos serviles y mandarlos al calabozo. Entonces los benefactores podrían llorar de veras.

—Y bien... De acuerdo con las nuevas reglamentaciones... ¿qué pasa? —pregunté.

—Kelly se sale con la suya. Vuelve al Japón.

—Es ridículo —repuse—. Las Fuerzas Aéreas se están convirtiendo en un jardín de infancia.

—Y cuando Kelly vuelva al Japón, se casará con la muchacha.

Esto ya era demasiado. Me senté sobre una de las desvencijadas sillas del capellán y pregunté:

—¿Quiere usted decir que, a pesar de todo lo que le han dicho a ese chiquillo el coronel y usted, se le concede permiso para casarse con la muchacha?

—Así es.

—¿Por qué no le dará alguien un golpe en la cabeza?

—Eso no sería una solución. Quiero que usted hable con él.

—No puedo decir más.

—¿Comprende ese muchacho que, si se casa con la japonesa, no podrá llevársela a Estados Unidos? —preguntó el capellán.

—Claro que sí. Le hice firmar el documento probatorio de que lo sabe. Lo firmó y me dijo qué podía yo hacer con él.

—Debe volver a hablar con Kelly, Gruver. Es un niño extraviado.

—Es un delincuente que está en un callejón sin salida, padre, y usted lo sabe.

—¡Un delincuente, no! Un muchacho tosco que ha tenido dificultades en las Fuerzas Aéreas. Es, simplemente, un exaltado<sup>[1]</sup>.

—Su exaltación no está en la cabeza, padre 1.

El capellán se echó a reír y dijo:

—Tiene razón. Por eso mismo, no debemos permitir que pase por tonto.

Yo estaba cansado de evasivas y dije, rotundamente:

—Mire, padre, Kelly es su feligrés y es usted quien tiene que salvarlo.

El capellán Feeney adoptó un aire grave y tomó mis manos entre las suyas. Era una treta a la cual apelaba cuando quería demostrar algo y ello explicaba, en gran parte, su éxito en la escuadrilla. Nunca temía una discusión con un hombre.

—Debe creerme cuando le digo que no trato de salvar a Kelly para mi iglesia. Trato de salvarlo para sí mismo. Si se casa con esa japonesa, sólo podrá provocar una tragedia. En tiempos normales semejante casamiento ya es una imprudencia, pero bajo la vigencia de la nueva ley... cuando ni siquiera puede llevársela a Estados Unidos... ¿Qué pasará, Gruver?

Hablaba con tanto apasionamiento que hube de ceder.

—Perfectamente. ¿Qué quiere que yo haga?

Al capellán le causaba tanto malestar lo que se proponía sugerir que vaciló durante un momento. Luego dijo, con el tono de quien se disculpa:

—Usted es el prometido de una hermosa y buena muchacha norteamericana. Una noche, me mostró su retrato.

Y sonrió, mientras yo metía mecánicamente la mano izquierda en el bolsillo donde estaba mi cartera.

—Cuando usted vuela y las cosas comienzan a ponerse difíciles, acaricia ese retrato en busca de buena suerte... ¿no es eso?

Admití que así lo hacía. Era una costumbre que había adquirido al pasar de los aviones de propulsión a los aviones a chorro. Como a la mayoría de los pilotos, éstos me asustaron al principio y, cuando corría un serio peligro, acariciaba mi cartera como a un talismán, porque Eileen Webster había sido para mí una buena nueva desde el memorable fin de semana en que la conociera en San Antonio.

El capellán Feeney dijo:

—Si se presenta la oportunidad, muéstrele a Kelly el retrato de su novia. Que recuerde cómo es una buena muchacha norteamericana.

—Yo no vendo nada —respondí.

El capellán era un hombre inteligente.

—¿Quién le ha pedido semejante cosa? —replicó—. Cuando Kelly le diga que está resuelto a casarse, contéstele que lo comprende. Dígale que ha visto a algunas japonesas realmente maravillosas.

—Lo malo, padre, es que no las he visto. Todas son tan regordetas y carirredondas... ¿Cómo pueden nuestros hombres, buenos muchachos de tipo corriente, casarse con esas mujercitas amarillas? En 1945, yo peleaba contra los nipones. Ahora, mis soldados se están casando con ellos.

—Nunca lo he comprendido. Esos matrimonios están condenados y mi misión es impedirlos.

—De acuerdo.

—Entonces... ¿hablará usted con Kelly?

—¿No sería más sencillo que el coronel le ordenara simplemente no casarse? —pregunté.

El capellán Feeney se echó a reír.

—Hay cosas que no se pueden solucionar así. Hemos practicado investigaciones sobre la muchacha con quien proyecta casarse Kelly. No es una prostituta. No es un elemento subversivo. En realidad, la han recomendado nuestros investigadores. Solía trabajar en una biblioteca. Kelly tiene derecho a casarse con ella.

La palabra «casarse» me sobresaltó extrañamente y me sentí arrastrado a cuatro años atrás, a un fin de semana de primavera en Texas, cuando salíamos en pandilla de Randolph Field para divertirnos en grande en San Antonio. Bajábamos unos peldaños de piedra que llevaban a un teatro al aire libre, junto al río que fluye por el centro de San Antonio, cuando vi repentinamente que se acercaba esa hermosa muchacha. Salté cuatro escalones y exclamé: «¿No es usted la hija del general Webster?». Y ella me respondió con una sonrisa deslumbrante y dijo que sí y me quedé mirándola absorto y pregunté: «¿Por qué no tenía ese aspecto cuando vivía enfrente de mí, en Fort Bragg?». Y ella replicó que siempre había sido así, pero que yo había estado harto ocupado con West Point para notarlo. Hice memoria, pero ni siquiera pude recordarla con claridad tal como era entonces y dije: «Usted debió ser una chiquilla zanquilarga de once años cuando estábamos en Fort Bragg». Entonces, ella dijo algo que me dejó frío. Haciendo caso omiso de los demás hombres de las Fuerzas Aéreas que estaban a mi lado, declaró:

—Sigo siendo una chiquilla zanquilarga.

Tenía razón y a los dieciocho días decidimos casarnos. Pero la madre de Eileen y Corea intervinieron en eso.

De modo que conseguí volver a la realidad de Corea y le dije al capellán Feeney:

—Haré lo que pueda.

—Gracias, Gruver.

Cuando me disponía a salir, el capellán me preguntó:

—¿Tiene inconveniente en que le hable al coronel de usted?

—¿Para qué?

—Usted está tenso como una cuerda de reloj, hijo. Le diré al viejo que conviene dejarlo con el personal de tierra.

Me eché a reír y dije:

—El médico le ha sacado ventaja. Me voy al Japón.

—Espléndido —respondió el capellán—. ¿Tokio?

—No, Kobe. El padre de mi novia es general allí.

—Es una suerte.

—El asunto tiene sus dificultades.

—Quiero decir que Kelly va a Kobe también. Usted podrá vigilarlo.

Me sentí fastidiado.

—¿Conque usted lo devuelve adónde está su novia?

—Su representante en el Congreso insiste en ello.

Me disponía a decir lo que pensaba de los legisladores que se entrometen así en los asuntos militares, pero el capellán declaró:

—Usted podría salvar a ese muchacho.

Pensé en el pequeño y esmirriado Kelly y dije, al salir:

—Nada podría salvar a ese inútil.

## JOE KELLY

Los soldados expedicionarios norteamericanos casados con muchachas japonesas dan la impresión de conocer un secreto magno e importante.

El día era poco común en Corea. Nuestra base aérea de J-10 sin ser lo que se llama calurosa, ofrecía un hálito primaveral, la tierra comenzaba a deshelarse y hasta Corea se parecía muchísimo a cualquier parte del mundo en primavera. Aspiré profundamente dos largas bocanadas de aire y eché a andar hacia la calle donde estaba el cuartel general, un lúgubre tubo cuyos flancos mordisqueaba la primavera y me dije:

—Olvida a Kelly. Que se cuide solo.

Me encaminé hacia el salón comedor de oficiales, donde habría cerveza y una partida de póquer, pero comprendí que Kelly debía tener prisa en entregarme las órdenes, de manera que entré en la tienda de campaña de la escuadrilla, donde aquel imbécil estaba sentado detrás de un letrero pintado a mano tan grande como si se refiriese a un general y que ostentaba estas palabras: AVIADOR KELLY.

Era un muchachito de unos diecinueve años. Yo tenía veintiocho y cualquiera que tuviese menos me parecía inmaduro, pero Kelly en realidad no lo era. Nunca había ido a la escuela, pero poseía una rápida inteligencia animal y una

especie de sentido práctico formado en el arroyo. Se había criado en un barrio de gente de mal vivir de Chicago; tenía el cabello rufo y un desafiante rostro irlandés. Estaba siempre contra el mundo, y contra todos los oficiales en particular. Tenía el extraño antecedente de haber sido ascendido a cabo en cuatro oportunidades... y reintegrado a la condición de soldado raso otras tantas. Estaba amargado y siempre en apuros y era, en nuestro cuerpo de aviadores, el hombre de quien menos podía esperarse una relación seria con una muchacha.

Me mostró las órdenes y dijo:

—Qué bueno es tener amigos.

Yo había provocado uno de los Consejos de Guerra de Kelly, pero él me asombró al pedir que yo fuera su defensor. No respetaba a nadie, pero le gustaban los hombres que pilotaban los aviones a chorro. Cuando me mostró mis órdenes yo me disponía a echarle otro sermón, pero Kelly sonrió y declaró:

—He oído decir que usted derribó hoy otros dos aviones.

—Así es.

—¿Cómo estuvo eso ahí arriba, As?

—Nunca me resultó más fácil.

—¿Sabe qué dicen sus órdenes? —preguntó, con el aire taimado de un pistolero que pregunta por la remuneración que le deben por una fechoría.

—Kobe —dije, tomando los papeles.

—Sí, pero quiero decir... ¿Cómo las consiguió?

—Nunca discuto esas cosas con los soldados rasos —repliqué, volviéndome hacia la puerta.

Kelly no era como los demás. E inquirió:

—Lo que quiero decir, es esto... ¿Sabía usted que el general Webster le escribió al coronel?

Aquello era irritante. Sentí tentaciones de darle un puñetazo en la cara a aquel pequeño imbécil, pero Kelly me intrigaba. Vacilé y dije:

—Son amigos.

—Naturalmente, pero esas cartas se referían a usted.

—¿A mí?

—Sí, el general Webster iniciaba todas sus cartas diciendo: «Desde luego, no tengo la intención de entrometerme y el jefe de la escuadrilla es usted, pero...». Siempre usaba el «pero».

—Pero... ¿qué?

—Pero le gustaría con toda seguridad que el comandante Lloyd Gruver viniera inmediatamente a Kobe.

Me metí los papeles en el bolsillo y dije:

—No pedí órdenes de ésas.

Kelly rió de una manera extraña y dijo:

—Usted no ha oído nada aún, As.

Parecía despreciarme por ser un oficial y tolerarme al propio tiempo por ser un piloto eficaz. Declaró:

—El general Webster lo ha destinado a la *Junta de Interservicio de Aviación*, lo cual significa que usted se pasará el día sentado sobre su paracaídas y no hará nada.

Luego, sonrió y agregó:

—Pero... las «noches»...

—¿Qué noches?

Kelly volvió su pequeña cabeza roma a un lado y luego a otro y preguntó:

—As... ¿Sabría guardar un secreto?

Yo siempre había tenido buen cuidado de no discutir los secretos militares con nadie y respondí:

—Prefiero no oírlo.

Kelly me hizo un saludo algo ofensivo y dijo:

—No se trata de un secreto de las Fuerzas Aéreas, sino de un secreto de As Gruver.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Por qué cree que le dan órdenes para Kobe? ¿Y un trabajo cómodo? ¿Y un vuelo con prioridad?

Adiviné que llegaba demasiado lejos con Kelly y cambié de tema.

—El capellán me dijo que también usted va a Kobe.

—Sí.

—Tengo entendido que el asunto lo arregló su representante en el Congreso.

—Sí. El capellán dijo que no. El coronel dijo que no. Pero el legislador dijo que sí.

Le dejé adivinar en mi expresión fisonómica que me disgustaban semejantes procedimientos y pregunté, no sin ironía:

—Y tengo entendido que usted se va a casar.

—Sí.

Su insolencia anulaba toda posible intención por mi parte de ayudar al capellán Feeney tratando de convencer a aquel individuo de baja condición. Firmé el recibo de mis órdenes y me encaminé hacia la puerta. Pero Kelly me detuvo bruscamente al decirme:

—Tengo entendido que también usted se casa.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—La hija del general llega a Kobe. Mañana.

Kelly me miró con una sonrisa desagradable y cuando le pregunté si aquello era cierto, respondió:

—Sí. El general Webster arregla las cosas para que usted se pueda casar con su hija. Mi representante en el congreso me las arregla a mí. Los generales para los oficiales. Los legisladores para los campesinos.

Kelly y yo nos miramos, en uno de esos raros instantes en que a uno le parece ver la vida bajo una luz absolutamente clara y fría. Uno ve a otro ser humano sin uniforme, sin jerarquía militar, sin pasado ni futuro. Ahí está, con sus problemas y ambiciones muy lejanos de los de uno, pero que al propio tiempo forman parte de ellos. En cierta ocasión, el ministro de guerra me dijo que el gran éxito de mi padre en el ejército provenía de su capacidad de ver a cada uno de los hombres con quienes tenía que trabajar como si se balancearan en el aire, suspendidos de una pequeña cuerda que llevaba Dios de la mano. Yo podía respetar a